

Del 68, la etnografía y una protesta en estudio

Llamil Mena Brito

COMO HABITANTES DE UNA CAPITAL y ciudadanos del mundo, la manifestación que toma calles y cambia el ritmo cotidiano es parte de nuestra realidad en un contexto urbano y algo que permite entendernos como parte de un fenómeno que afecta nuestra vida cívica: la protesta. Seamos conscientes o inconscientes, partidarios o detractores, observadores o víctimas del caos, la realidad es que el colapso de las vías públicas y la presencia de un discurso multitudinario son un fenómeno que se encuentra en el eje del mundo contemporáneo donde la calle sigue siendo el inmenso escenario para las cada vez más constantes e intensas exposiciones de inconformidad social.

La experiencia está ahí, en la vida de la ciudad y sus ciudadanos. Como mexicanos (y capitalinos) asimilamos la presencia de miles de personas en las calles de manera transitoria, efímera, espontánea fundamentalmente bajo dos eventos: las manifestaciones (protestas o mítines) y el festejo por un triunfo futbolístico. A diferencia de la algarabía por una victoria, ver las entrañas de una protesta es penetrar en un mundo que prácticamente adopta el de un ser vivo, compuesto de todas las variables que le permiten existir pero también identificar los agentes externos que de alguna manera lo enferman. Hay en este organismo que llamamos manifestación pública diferentes sistemas, distintos órganos, complejos mecanismos que convierten una demanda en un concepto difícilmente asequible desde la distancia, y es en su autopsia donde puede entenderse



como un fenómeno social, político y cultural disruptivo. Lo anterior lo pude comprender mediante el libro que a continuación abordo.

Debo partir de una crónica que valga como confesión. Cuando me fue encargada la reseña de este libro, de inmediato comencé a estructurar en mi mente una suerte de ensayo crítico que abordara la masacre de 1968 en y a partir de lo que yo consideraba un texto “antropológico”, trazar una línea entre el 2 de octubre de 1968 y el 2 de octubre de 2008, y de esa forma crear un argumento sobre la continuidad, el paradigma y el cuerpo social, vaya, lo que se necesitara analizar. Fiasco total. Cualquier pretenciosa lectura de este texto demuestra que la etnografía puede funcionar como un pesado revulsivo de las pretensiones de análisis cultural más básicas. De entrada, el ejercicio empírico, la investigación social que es la etnografía misma, hace que cualquier humanista de biblioteca y archivo se sienta en un país bastante desconocido. En mi caso, perdido, ignorante y perezoso.

Sin embargo, no me sentía por completo desconcertado, más allá de querer articular conceptos que por naturaleza no forman parte del cuerpo de la etnografía, el evocar y haber estudiado la marcha del 2 de octubre de 2008 requería partir de un hecho que representaba a otro y que en 2011 puede evaluarse de forma histórica. Aunque sólo parte de la trascendencia de poner esta

protesta en estudio se halla del lado de lo histórico, por mi parte la relevancia estaba en desprenderme de la mirada distante y apostar por una mirada desde dentro para llegar a un tema trascendente: la protesta en su completa vigencia actual.

Así es que fue en la vena de este libro donde postulé mis propias inquietudes: en la etnografía explicada “dentro de este enfoque que no es la objetivación del comportamiento, sino hacer hermenéutica de las formas simbólicas, del performance social y político que conciben los actores”. Sólo al entender esta apuesta intrínseca de la etnografía sobre la presencia y la ausencia, las formas simbólicas de una manifestación paradigmática adquieren una relevancia histórica. No está de más poner los temas sobre la mesa: hablamos de un hecho histórico (la masacre del 2 de octubre de 1968), de un tema de estudio (la protesta) y de un método para lograr entrar en una dinámica trascendente (la del uso del espacio público y la memoria por parte de la sociedad). Es entonces que dos conceptos se ponen en juego en las calles y en los libros: memoria y olvido.

Yo no estuve ahí pero no olvido es parte del título que encabeza esta investigación y también una frase tomada de una de las mantas presentes en la marcha de 2008. La lectura de ella es rica y fecunda: aquellos que no la presenciaron pero 30 años la recuerdan y



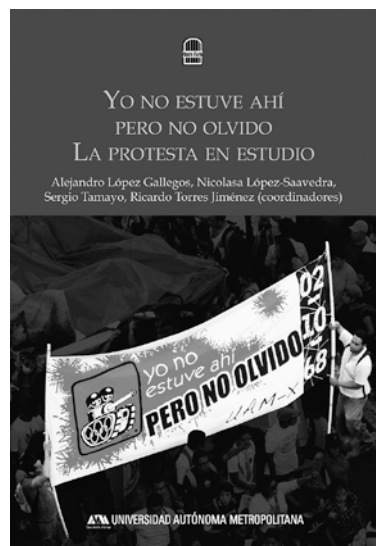
Fotografías tomadas del material en CD que acompaña a *Yo no estuve ahí pero no olvido*

están presentes. Los nuevos jóvenes que como aquellos del 68 marchan y se vuelven el cuerpo que nutre una protesta son y serán el motor de este organismo que en las calles busca por un día representar una presencia, no olvidar pero también dar a conocer sus nuevas batallas. Sin embargo, sea como sea, se experimente como se experimente, los movimientos que toman las calles por unas horas se reducen a un acto que la autoridad tolera bajo un control meticuloso de su desenvolvimiento y su repercusión. Cada paso e idea manifestada sorteará un filtro de policías que detentarán el control del cuerpo y de unos medios de comunicación que colarán las ideas y las imágenes. Pero nada en detrimento del fenómeno toral. Cada una de estas partes conforma la actividad comunicativa que es el fin último de la protesta. De su estudio y su disección pueden analizarse los micro-mundos que se hallan representados en el fenómeno general, pero el contexto de lo disruptivo, lo contestatario, lo antiautoritario es puesto de frente a toda la sociedad por un día aunque la opinión pública sea la que finalmente dé respuesta parcial a un fenómeno complejo. La serie de ensayos que bajo distintas propuestas metodológicas fueron debatidas en el VII Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política (y que conforma este libro) pone de manifiesto, ya sea en el estudio cuantitativo, la reflexión epistemológica o la imagen, a la protesta como un caldo de cultivo de cientos de representaciones sociales.



Participar en una protesta, ser testigo de ella, es entrar en una zona de experiencia paradigmática, tan sólo caminar las calles (no banquetas) de una manera distinta a la del desplazamiento o del deambular; compartir o rechazar una idea que deviene en manifestación; vivir el desacato, la bulla, constituye un complejo campo de reflexión sobre el lugar del ciudadano, su espacio y su opinión.

Hoy, los países árabes nos hablan de la relevancia de pensar la protesta. Alejados de nuestra propia experiencia pero compartiendo el mismo fenómeno, a miles de kilómetros hemos sido testigos de la fuerza de los ciudadanos en la calle y sus luchas de representación social y política. Si algo hoy podemos entender de ellos, es que el hartazgo y la necesidad de expresar una inconformidad general persiste haciendo uso del desacato como forma última de lograr un objetivo político. Culturalmente somos testigos de miles de imágenes de jóvenes (y adultos) apostados en las plazas, llamando al mundo y realmente creo que en eso, en



Alejandro López Gallegos, Nicolasa López-Saavedra, Sergio Tamayo y Ricardo Torres Jiménez (coords.)
Yo no estuve ahí pero no olvidó. La protesta en estudio
 México, UAM (Abate Faria), 2010, 570 pp. + 2 CD

las imágenes, podemos construir empatía. La trascendencia de los acontecimientos en el norte de África y el medio Oriente aún está por escribirse, pero para efectos de este insignificante estudio sobre la protesta podemos decir que la multitud en desacato es todavía un medio para alterar las estructuras más altas del orden político.

Mucho se ha estudiado la trascendencia histórica, política y cultural del Movimiento del 68 en México, la continuidad de la memoria es una obligación histórica, sobre todo en un sistema judicial que inscribe la prescripción del delito. Una de las imágenes contenidas en este proyecto muestra a Carlos Monsiváis, quien ese mismo mes escribió una de sus últimas reflexiones sobre este acontecimiento.¹ El ensayo recae en una pregunta: “¿Qué más? La vida sigue, hay que terminar las carreras, conseguir empleo, hacer a un lado las ‘ilusiones de juventud’, convertirse en lo que no se quería ser, aceptar que no se da para más. ¿Dónde quedan los

razonamientos morales y a quién le importan a la hora de la vida en sociedad?”

Definitivamente ésta es una pregunta que ni la etnografía ni la historia pueden contestar, una pregunta que la sociedad en su máxima dignidad cívica debe establecer e intentar responder visualizando la realidad tanto fuera como dentro de la protesta.

Por mi parte no puedo dejar de pensar en las palabras que hace poco Juan Goytisolo recordaba sobre el poeta Mahmud Darwish en un homenaje a la forma de protesta poética que en vida hizo el palestino. Habla Darwish: “todo lo que afectaba a Palestina provocaba en las calles tristeza, gritos e ira. (...) Hoy, sin embargo, los gobernantes compiten tratando de sobornar a la opinión pública para que renuncie a ese lugar de consenso (...). Sí, el fútbol ocupa el lugar que antes ocupaba Palestina. ¡Arda la calle de ira!”²

¹ Carlos Monsiváis, “1968: la herencia en busca de herederos”, en *Revista de la Universidad de México*, nueva época, núm. 56, octubre de 2008, disponible en: bit.ly/hzALsA.

² Juan Goytisolo, “Homenaje a Mahmud Darwish en Ramala”, en *El País*, 15 de marzo de 2011, bit.ly/g9e3Zw.